



Kgyaert miraba fijamente al punto que habíamos mirado la noche anterior pero se notaba que hoy lo contemplaba con menos entusiasmo. Se lo comenté; le dije "parece que esta noche no te divierte tanto como ayer".

—Figuraciones tuyas — contestó —; lo encuentro muy entretenido.

—No sé... — repliqué.

— ¿Qué no sabes?

—Oh — me sentí como alguien a quién se pilla en una mentira, y experimenté la necesidad de explicarme —: nada básica o sustancialmente distinto de lo que ya ignoraba ayer o anteayer.

— ¿Otra vez vas a empezar con eso?

—No; claro. Es sólo que...

—Veras — dejó de mirar al punto y girándose hacia mí habló con mucha convicción —: no me importa que empecemos con lo que sea tantas veces como sea necesario y cuando sea estrictamente necesario; no me asusta abordar temas por difíciles que sean, y tú lo sabes...

—Eso — protesté — lo dices por animarme.

— ¡Pero si nada más ha sido una forma de hablar!

— ¡"Una forma de hablar"! Como si no supiera que siempre te las ingenias para tirar por tierra mis teorías.

— ¿Así que eso también lo sabes; eh?

—Sí — repliqué con sequedad —, pero y qué...

— ¿Cómo que "y qué" si sabes hasta dos cosas después de tanto quejarte?

– ¿Quién ha dicho esa idiotez? — Inquirí aun plenamente consciente (y midiendo cuidadosamente mis palabras por temor de que un inocente “aun a sabiendas” viniera a complicar aún más las cosas con un intempestivo “sabe tres”; con alguien tan proclive como Gjifsw a sacar todo de quicio nunca se sabía a qué extremos podrían llevarnos las elucubraciones) de haber reconocido la voz.

– No le hagas caso — terció desde el tronco de atrás Horjuwy —; además tengo la casi absoluta seguridad de que no ha querido molestar... ¿verdad, Gjifsw? Lo que le pasa es que como ha perdido el hilo y no se entera de qué est...

– ¿No se entera de qué está pasando? ¿De verdad has perdido el hilo Gjifsw? — intervino en tono burlón Wkaiof —. Pues yo te lo resumiré en media docena de palabras: no ha pasado nada desde ayer.

– ¿”Media docena”? — Rgoqiwz, que es incapaz de avanzar si no lo tiene todo, como

dice Nufñre, bien masticado.

– Pues... — Spuwr se aprestaba a, con los dedos —: Uno, dos, tr...

– Un momentito, Spuwr...

– ¡Ya está Lewhgif con sus momentitos! — socarrón Uhlkthñ.

– Es que — habló con la sabiduría que dan las canas — le va a salir “seis”.

– ¿Estás seguro?

– Prácticamente...Sí.

– Pues eso es pegar un salto que...

– Por eso te digo: que si vamos dejando arrinconados temas sin resolver...

– Total — Gjifsw, que para los asuntos que le interesaran ponía mucho interés, pero era muy chapuza para lo demás —, tampoco pueden ser tantos.

– Pues los suficientes porque...— Horjuwy miró desconcertado, entornando los ojos, en derredor — ¿Alguien recuerda por dónde íbamos?

– Por “dos” — Pklus, cuya excelente

retentiva era muy de fiar.

– “Dos”, sí — en tono Horjuwy algo seco —; lo que estoy preguntando es cuáles.

– Kgyaert y yo — repliqué.

– ¡Qué cara más dura! — se quejó, con resentimiento, Srailk.

– ¿Qué he hecho mal? — pregunté.

– Pues quedarte con lo fácil — Uhlkthñ, como sentía tanta amistad por Srailk y salía siempre en su defensa.

– ¿Cuánto puede importar fácil o difícil siendo, como sin duda es — habló en tono muy seguro Pklus —, provisional?

– ¿De veras? — a Srailk se le puso una sonrisa de oreja a oreja.

– Pues claro. Ya veréis como cuando estemos un poquito más organizados y tengamos un... Pero, no adelantemos acontecimiento y sigamos por... Dijimos Kgyaert y...

No quise, esta vez y pese a los buenos

augurios expresados por Pklus, correr más riesgos; así que levanté el dedo y carraspeé...

– Vale; pues seguid.

Volví a carraspear y, como por romper el hielo y entrar de nuevo en situación —: ¿Dos?

– “Cosas”, sí — repuso Kgyaert, dándome lo que con el paso del tiempo se terminaría llamando “el pie”.

– Ya, — recogí el guante — ¿pero por qué precisamente “dos”?

– ¿Y qué más dará eso?

– Pues mucho — Intervino, gangosa e inconfundible, la voz de Sigbut desde unos tres o cuatro troncos más adelante. Y agregó —: se empieza de a poquitos y se termina por siete o por ocho o...

– Mira — exclamó una voz que, por retomar las buenas costumbres, llamaremos sencillamente “anónima 3”

– ¡Por el amor de Dios; que alguien nos devuelva a la cordura! — Se dejó oír angustiada, acuciante, la voz

de Hegurpl.

– Pues, si lo pides en esos términos...

Las últimas palabras, pronunciadas por Fhbeaoh, que ocupaba el asiento justo a mi izquierda, salieron de su garganta entrecortadas por un acceso de risa y Kgyaert se sintió en la obligación — noté el roce de su brazo en mi espalda, pues habíamos regresado a nuestros puestos — de hacer que callara aplicándole en el brazo suyo uno de esos pellizcos que luego se llamarían “de monja” y le arrancó, entonces, un gritito.

Desde el fondo llegó, criatura irritante e irritable que había sido siempre, con un odioso temperamento agrio que hacía que sólo los más bondadosos le profesaran algo muy de lejos parecido a la simpatía, un seco “chist” de Myhsbk.

– ¡Asco de viejos gruñones! — Rezongó Sraiklt a la derecha de Kgyaert.

– Pero es que tiene razón — Kgyaert a veces se ponía de parte de los más antipáticos —: con tanta cháchara no hay manera de enterarse en condiciones de

qué está pasando.

– ¡Pero si no está pasando nada! — Sijgäw, poniéndose en pie y bostezando ruidosamente, dándose golpes con la mano en su boca abierta de manera que emitía un sonido muy similar al que hacen los chacales.

– ¿Nada? — Kpugdil, tan especial siempre, tan diferente, tan con aquel su halo de una cierta intelectualidad un poquito cargante —: Lo que a vosotros os pasa es que no aprenderéis nunca a mirar.

– Chitón... ¡Maldita sea! — Myhsbk, exigiendo silencio otra vez.

